

signó en los sagrados libros; y bajo este aspecto reconoce en sus comentarios sobre los libros de Moisés, sobre Job, sobre los Cantares, sobre los Salmos, sobre los Profetas y mas que todo sobre los Evangelios, sobre las Epístolas Canónicas de S. Pablo, de S. Pedro, de S. Juan, de Santiago, de S. Judas y sobre el misterioso libro del Apocalipsis, reconoce, repito, al intérprete fidelísimo de las Divinas Escrituras, al depositario de su verdadero sentido, que reunió en sí como en un foco, todas las luces del glorioso coro de los SS. PP. y DD. que las habian expuesto. La Dogmática y Apologética mira en el autor de la Suma contra los gentiles y contra los errores de los griegos, al maestro mas consumado, al atleta invicto que siempre supo vindicar el dogma. La filosofía reconoce en Tomás de Aquino al genio singular que supo elevarla al rango que la correspondia en la gerarquía de las ciencias, al talento privilegiado que la sacó de entre las sombras del paganismo, depurando sus verdades, mezcladas hasta allí con incontables y monstruosos errores; al hombre, en fin, extraordinario, que habia de ponerla en perfecta armonía con la revelacion y la fé, haciendo palpar las luces de la razon en la exposicion del dogma y en las reglas de la moral evangélica. Pero ¿y qué la bella Literatura no le reconoce como consumado en su arte, en sus comentarios sobre los esquisitos libros de Boecio? ¿y qué, la política no lo reclama como su mas sólido fundamento por las doctrinas que al exponer los políticos de Aristóteles vertió con tanta abundancia, y por las reglas que dejó consignadas en los libros de *regimine Principum*, y en los que escribió sobre la erudicion de los príncipes? Ni nadie crea que la Jurisprudencia tanto civil como canónica dejan de buscar en Nuestro Santo sus mas seguras y fundamentales reglas; dígalo el derecho público que despues de tantas

vicisitudes ha tenido por último que fijarse en los principios de Santo Tomas; díganlo sus comentarios á las Decretales, sus quodlibetos, sus opúsculos y su misma Suma en que trató tantas cuestiones de derecho eclesiástico: ¿qué mas? la misma medicina se ve obligada á respetarlo por sus sapientísimas doctrinas sobre los físicos de Aristóteles y sobre los libros de *generatione et corruptione*. Y porque ninguno presume que ya las doctrinas filosóficas de nuestro Santo caducaron á la presencia de los avances y descubrimientos de la Filosofía moderna, copiaré aquí un testimonio gloriosísimo, dado en la mitad de nuestro siglo, en 1850, en la capital de la culta Francia, que se gloria de ir á la cabeza de los últimos adelantos: dice, pues así, el prólogo novísimo de la Filosofía de Santo Tomas compilada por el P. Goudin y reimpressa en Paris en 1851: "Familiarizándonos mas y mas con la doctrina del Angel de la Escuela, y comparándola con la de los mas grandes filósofos, así antiguos como modernos, sentimos que se forma en nosotros esta conviccion, que la Filosofía de Santo Tomas es enteramente soberana sobre los sistemas de todos los tiempos." Gloria, loor y bendiccion eterna, á un sábio tan insigne que supo basar su ciencia en la humildad cristiana: *arripe il'am, et exaltabit te.*

Pero permitidme, señores, dé alguna mayor amplificacion á este concepto. Dirá acaso alguno ¿cómo, Santo Tomas á la cabeza de los expositores de la Escritura? ¿y los Gerónimos? ¿y los Agustinos? ¿y los Ambrosios? ¿y los Gregorios? ¿y tantos otros que seria largo enumerar, son por ventura inferiores? Muy lejos de mí, señores, presumir cosa alguna que deprima el relevante mérito de tan insignes lumbreras de la Iglesia, á quienes yo reverente venero, y de cuya doctrina en ninguna manera me separo siguiendo la de Tomas de Aquino. Lo que sí

diré es, que, si S. Gerónimo es el Doctor máximo en exponer la letra de las Divinas Escrituras; si S. Gregorio Magno mereció que el Concilio de Toledo lo aclamase por el primero en la exposicion del sentido tropológico; si S. Agustin en sus enarraciones sobre los Salmos muy particularmente, y en sus demás comentarios sobre las divinas Escrituras, desarrolló con sumo ingenio los sentidos místicos; si S. Ambrosio con profundidad admirable, se distinguió en el Alegórico; si el Crisóstomo en sus homilías brilló por la energía de su lenguaje; si, en una palabra, cada uno bajo distintos aspectos derramó luces inapreciables para la inteligencia de las Divinas Escrituras, en Tomás de Aquino se reunieron todas: y permítaseme observar de paso, que su carácter peculiar como expositor, parece ser, el de haber buscado y desarrollado con maestría inimitable la filosofía de las Divinas Escrituras; de suerte que, me atreveré á decirlo, le pudiéramos llamar con propiedad **EL FILOSOFO DE LA DIVINA FÉ Y DE LA REVELACION.** Y para prevenir de una vez otra réplica que á alguno acaso le pudiera ocurrir, oyéndome asegurar que Santo Tomás sea el príncipe de los teólogos en todos los ramos de esta vasta ciencia, yo confesaré muy gustoso que, por ejemplo, S. Justino, Tertuliano, Eusebio, son los primeros en la Apología; que San Hilario, S. Atanasio, S. Cirilo, son los primeros en la vindicacion de la fé católica, sobre la Trinidad Augusta; que S. Agustin es por antonomasia el Doctor de la gracia; que S. Leon lo es en los misterios amorosísimos del Hombre Dios: yo reconoceré muy de gana, que tambien otros muchos padres y doctores se han distinguido muy mucho en diversos dogmas, defendiéndolos, exponiéndolos y vindicándolos de las impugnaciones de los hereges; pero ¿y quién negará que el mejor elogio de nuestro Tomás de Aquino es ser aclamado universalmente como la boca de todos los

Padres? dígalo, sino, esa cadena verdaderamente de oro que formó enlazando de un modo admirable, los dichos de todos los Padres, para con todos ellos exponer de una vez los cuatro Evangelios. Confesemos, pues, gustosos que el Angel de la Escuela, reunió en sí, como el Sol, todos los rayos. Y sobre todo esto, reconozcamos en él al maestro insigne que formó en cuerpo de doctrina, cuanto estaba esparcido acá y acullá en todos los dichos de los santos, derramando sobre todos ellos al combinarlos entre sí, una luz apacible, y una claridad admirable, unida con un asencillez y orden no menos maravillosos: en una palabra, él buscó y halló la Filosofía de la religion; para él estaba reservada la grandiosa empresa de filosofar sobre todo lo mas alto y mas profundo; sobre el abismo insondable de los arcanos del dogma católico. Así lo exaltó y colmó de honor y de gloria el Señor que exalta á los humildes: *Arripe illam, et exaltabit te.*

Ni creais, señores, que esa humildad estuvo ociosa en nuestro Santo: ella fué la que animó su pluma con un zelo centellante, como el de Elias, cuando debeló, derrotó y aniquiló á los opugnadores de las sagradas religiones con los magníficos, enérgicos y doctísimos tratados *contra impugnantes religionem.* Ella fué la que encendió en su corazon un amor ardentísimo al humildísimo Jesus oculto en el adorable sacramento de la Eucaristía, cuyo amor subió á tal punto que casi no podia dejar de extasiarse al hablar ó escribir de este misterio, al adorarle ó al celebrar el tremendo sacrificio del Altar, de suerte que ni la flama de una hacha con que en cierta ocasion le alumbraba y que le abrazó la mano, fué bastante para volverle á sus sentidos, repitiéndose en él lo que S. Leon dijo del fuego que martirizó á San Lorenzo: *segnior fuit ignis, qui foris usit, quam qui intus accendit.* ¿Ni quién podrá desco

nocer ese su amor si lee sus opúsculos y el oficio y misa que sobre este misterio compuso y adoptó la Iglesia para la solemnidad del Corpus? Ella fué la que afianzó en él, aquella castidad virginal que lo hizo un ángel en carne mortal; *custos castitatis charitas* (dice San Isidoro,) *locus autem hujus custodis humilitas*: castidad tan angelical que despues del insigne triunfo que bien sabeis, fué estinguido en nuestro Santo, todo estímulo de liviandad. La humildad fué la que le hizo huir de los mas insignes honores, que á porfia le ofrecieron los Pontífices Sumos. La humildad fué la que acumuló en Tomás tal conjunto de virtudes, que apenas bastaría un discurso prolongado para enumerarlas: extático en la contemplacion, asíduo en el ayuno, constante en la mortificacion, obediente sin réplica, recogido en el claustro, esforzado en el trabajo, misericordioso con el pobre, entregado á sus ministerios sacerdotales, religioso perfecto; representaba en todo un modelo cabal y un dechado completo de la mas eminente santidad: *arripe illam, et exaltabit te.*

En vista de todo esto, no estraño ya los sumos aplausos que el cielo y la tierra han tributado á porfia á nuestro insigne Tomas. Clemente VIII aseguró que el Salvador le dijo: *Bene scripsisti de me Thoma*; segun San Antonino, la Virgen María le aseguró: *quod ejus scientia vera erat, et vita Deo grata.* Los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, dice San Vicente Ferrer, que varias veces se le aparecieron visiblemente y le dictaron la resolucion de sus dudas, y le aseguraron de haber alcanzado la verdadera inteligencia de sus Epístolas al comentarlas; San Agustin, se asegura en el oficio del Orden dominicano, dió testimonio de la gloria de Santo Tomás que era igual á la suya, escediéndole por la pureza virginal: *Thoma mihi par est in gloria, virginali praestans mundicia.*

Los oráculos del vaticano son casi tantos cuantos Pontífices ocuparon la silla de San Pedro desde la vida del Santo hasta nuestros dias; pero entre todos escogeré unos pocos: Juan XXII dice, que Santo Tomás ilustró á la iglesia mas que todos los otros Doctores: *ipse Thomas plus illustravit ecclesiam, quam alii omnes Doctores.* Clemente VI no dudó decir: *Ecce plusquam Salomon hic*, hé aquí el sabio mayor que Salomon, y añadió: “siguiendo su doctrina no te desvías” *ipsam sequens non devias*: pensando en ella no yerras: *ipsam cogitans non erras*: adhiriéndote á ella no caes; *ipsam tenens non corruis*: estudiándola consigues la verdad; *ipsam studens ad veritatem pervenis.* Inocencio VI despues de repetir que Santo Tomás fué mayor que Salomon: *ecce plusquam Salomon hic*, da terminantemente á la doctrina del Santo el inmediato lugar despues de los libros canónicos, con preferencia á todos los demas escritores, y añade que los que la siguieron jamas se desviaron del recto trámite de la verdad, y los que la impugnaron siempre fueron sospechosos del error: *hujus doctrina prae ceteris excepta canonica habet veritatem sententiarum, ita, ut nunquam qui eam tenuit, á veritatis tramite devisset, et qui eam impugnaverit semper fuerit de veritate suspectus*: ¿qué mas? en la bula misma de su canonizacion se asegura que tantos milagros hizo, cuantos artículos escribió: *tot miracula, quot articula.*

Y qué diremos de los Concilios generales desde el de Leon convocado en vida del Santo, hasta el de Trento que hicieron demostraciones tales en favor de la doctrina de Santo Tomás, que en toda la historia de la Iglesia no se lee nada que se le parezca; ¿qué diremos? sino que en todos ellos presidió el santo por su doctrina: pues consta que en el segundo de Leon

contra los errores de los griegos, en el de Viena contra los Veguardos y Veguinás, en el de Constanza contra los Usitas y Wiclefistas, nada se decidió, nada se pronunció sin la doctrina del angélico Maestro. Mas aun, en el de Florencia las definiciones se copiaron á la letra de los opúsculos del Santo. Pues mas todavía, en el de Trento segun la historia del cardenal Palavicini, en la mesa de la presidencia no se colocaron mas libros que la Santa Biblia á la derecha y á Santo Tomás á la izquierda del Santo Cristo. Así honró Dios al humildísimo Tomás: *Arripe illum, et exaltavit te*, ¿qué mucho? que todas las universidades católicas le aclamen por su maestro y le reconozcan como la fuente de los doctores; *fons Doctorum* dice por todas ellas la de Paris ¿qué mucho? que las órdenes religiosas numeren entre sus primeras reglas de estudios seguir la doctrina de Tomás; y la gran familia dominicana jure no separarse de ella ni un ápice.

Regocíjate, pues, Iglesia católica, por tan insigne Doctor que brilla cual un Sol purísimo en tu firmamento. Regocíjate órden dominicana, por tan ilustre hijo, tan eminente maestro, dechado acabado del mas perfecto religioso, del mas eminente sabio; él solo te bastaba para aventajarte sin disputa con este timbre entre todas las escuelas teológicas. Regocíjate, Universidad de México, mi amada madre, porque en tus aulas siempre presidió Tomás; regocíjate, mi caro Seminario, porque entre los primeros estatutos de tu fundacion, consignaste por tuya la doctrina del ángel de la escuela. Regocijémonos todos, porque bajo los auspicios de Tomás de Aquino encontramos en sus ejemplos el camino práctico de las virtudes, basadas todas en la mas profunda humildad, y en su doctrina, la luz mas brillante y mas pura que nos ilustre en la tenebrosa noche de esta vida mortal. Seáme, pues, permitido

tomar hoy prestadas las dulcísimas voces de la Iglesia, que en otro tiempo acostumbró cantar en la solemnidad de nuestro Santo: “¡Oh feliz é ínclito Doctor Tomás de Aquino! ¡Oh cierta, preclarísima y refulgentísima doctrina! ¡Oh espejo lucidísimo de la sabiduría! ¡luz brillantísima de la Iglesia universal! ¡Oh estrella esplendidísima y matutina que ilumina las tinieblas de este mundo! Alégrese tu Iglesia, ¡oh Dios! ilustrada con el esplendor de este nuevo sol; la devocion de los religiosos aliéntese, la muchedumbre de los Doctores aplauda, anímense los jóvenes, no decaigan los provecos, deléitense con aquella doctrina los ancianos; todos, todos aprovechemos en la humildad,” prenda segura de la gloria que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.



